

malicia y son puros. Tan pronto como los niños empiezan á llamarme "Buen Jesús," les contesto al punto, y estoy cerca de ellos para socorrerlos."

¡El buen Jesús! Tal es en efecto el Jesús que nos describen los Evangelistas en sus relaciones con los párvulos; su condición no ha cambiado en el cielo. Decía: "Dejad que los niños vengan á mí," estos se le acercaban, y sus madres se los llevaban cuando no podían andar todavía: *Afferbant ad illum parvulos et infantes.*

Entonces el Salvador los acogía, los miraba con amor, les prodigaba caricias, tocaba con sus divinos labios aquellas purísimas frentes, ponía sus manos sobre esas inocentes cabecitas y rogaba por ellos. Salió en su defensa en contra de los Apóstoles cuando querían alejarlos: *Sinite parvulos venire ad me*, y sobre todo en contra de aquellos desventurados que los escandalizan arrebatándoles el tesoro de su inocencia. "¡Ay de aquel que se hace reo de tan enorme crimen! Más le valiera que le ataran una rueda de molino y le precipitaran en los abismos del mar!"

Atraídos por tanta bondad, rodeábanle los niños, seguíanle hasta el desierto ávidos de oír su doctrina, hasta el punto de olvidar su alimento, como lo atestigua aquel niño que tres días después de seguir al Divino Salvador tenía aún casi intactas sus modestas provisiones.

No contentos con seguir y oír á nuestro adorable Salvador, prendados de su amor, ofreciéndose ocasión le retornaban también amor por amor. Cierto día, viniendo al Templo, el Señor lleno de santa indignación, armado de un látigo echa á los vendedores que lo profanaban. Allí también había niños que, lejos de espantarse,

como se espantó toda la ciudad de Jerusalén con semejante castigo, al oír los clamores de los Fariseos contra el Salvador, prorrumpen en alabanzas de aquel que tanto los amaba: "Hosana al Hijo de David!"— "¿No oyes lo que dicen? preguntaban los fariseos.—Sí que los oigo, contesta Jesús; dejadles. ¿No está escrito que Dios quiere recibir la más pura alabanza de boca de los niños?" ¡Qué escena tan conmovedora! Los niños saben amar á quien los ama.

Nunca llegaremos á amarlos como Jesús su Criador y Salvador los amó; pero hemos de imitar lo más posible á ese divino modelo, si queremos desempeñar con fruto este ministerio de la instrucción de la niñez.

"A nosotros toca amar á la niñez como Jesús la amaba, exclama el P. Félix; en esto consiste el secreto de educar y formar á los jóvenes haciéndolos buenos y felices. "*Este es el secreto del mismo Dios!*"

§ II.--Los grandes imitadores del gran Modelo.

Muchísimos é ilustres son los que han imitado en esto los ejemplos del Divino Maestro y seguido sus huellas. El ilustre Dr. San Agustín, en los primeros años de su Episcopado, compoñía su hermoso libro de *Catechizandis rudibus*. El gran Canciller de la Universidad de París, Gerson, en sus últimos años sentía un inexplicable gozo al enseñar el Catecismo á los niños. "Es rebajarse demasiado, decían los incrédulos;

ese celo excesivo para obra tan insignificante, demuestra que las facultades del gran Canciller se oscurecen." Gerson responde á sus sarcasmos componiendo su hermoso tratado *De parvulis ad Christum trahendis*. "¡Oh buen Jesús! exclamaba el venerable anciano; cuando os veo alzar los brazos y estrechar con tanta ternura sobre vuestro pecho esos pequñuelos, me siento conmovido en lo más profundo del alma. Sí, yo también quiero amar á los que tanto amáis, quiero imitar vuestra bondad, y á vuestro ejemplo tener para ellos entrañas de cariñoso padre."

El Cardenal Belarmino se complacía también en enseñar á los niños en su Catedral. Distribuía por sí mismo los premios á los que le habían contestado satisfactoriamente.

En Portugal, el ilustre Arzobispo de Braga, Don Bartolomé de los Mártires, renunció á su dignidad episcopal para consagrarse únicamente hasta la muerte á la enseñanza del Catecismo á los niños.

San Ignacio se obligó con voto á hacer el Catecismo; y cuando se le objetaba que era trabajo perdido, porque los niños no acudirían: "basta, contestaba, que venga uno solo para darme por bien pagado de mis afanes."

San Francisco Javier recorría las calles de Goa suplicando á todos le enviasen á sus niños al Catecismo. Así empezó la transformación de la ciudad entera.

Y San Francisco de Sales, ese dulce imitador de Jesús, ¡qué admirable catequista! Seguidle en medio de las calles convocando á los niños al son de la campanilla y gritando: —"Venid á la Doctrina Cristiana, allí se os enseñará el camino

del cielo." Cuando los niños están reunidos, los instruye con interés y les reparte premios. "He tenido la dicha, escribe su biógrafo el P. Rivière, de asistir á estas benditas explicaciones del Catecismo, y nunca he presenciado espectáculo semejante. Este amable y verdadero padre estaba sentado como en un trono elevado sobre algunas gradas; todo el ejército infantil le rodeaba; y era un contento sin igual oír cuán familiarmente exponía los rudimentos de nuestra fe, saliendo á cada paso las más ricas comparaciones de su boca; miraba á su pequeño auditorio, y éste le miraba á él; se hacía niño con ellos para formar en ellos al hombre interior y perfecto según Jesucristo."

Este es verdaderamente el ideal del perfecto catequista. Bueno fuera tener ante los ojos ese cuadro tan encantador siempre que se trata con los niños. Muchos otros nombres podríamos citar todavía. Todos los grandes obreros Apostólicos del siglo XVIII, el Cardenal de Berule, el Sr. Olier, el Sr. Bourdoise y muchos otros manifestaron en esta obra del Catecismo un celo no menos generoso ni menos acertado; mas basten esos pocos ejemplos para convencernos de la grandeza de este ministerio y para hacérslo amar entrañablemente.

§ III.—El buen catequista en nuestros días.

No lo vayáis á buscar muy lejos. Ese buen catequista, es cada uno de vosotros, amados lectores, si os sentís movidos por los ejemplos del Divino Maestro y de sus insignes siervos. En efecto, ¿cómo podría uno dejar de sentir algo de ese ardiente celo á vista de modelos tan hermosos; de ese celo, digo, que fué el secreto del fruto tan abundante que obtuvieron con los niños?

La obra de los catecismos es difícil, penosa y oscura; para arrostrar las dificultades hay que sentir como aquellos santos varones un ardiente deseo de hacer que esos niños conozcan y amen á Dios, de salvar sus almas á costa de cualquier sacrificio. Ese deseo tan ardiente tiene su nombre, es el celo. Si Dios se digna encenderlo en vuestro corazón, seréis buenos catequistas mas el celo para ser fructuoso ha de tener ciertas cualidades. Ha de ser: 1.º, ilustrado; 2.º, sobrenatural; 3.º, perseverante.

1.º EL CELO HA DE SER ILUSTRADO.—Este punto es de suma importancia. No basta que toméis muy á pechos procurar el bien de los niños; es preciso que tengáis además una idea clara y verdadera de la empresa que vais á acometer.

¿Veis á ese niño que por vez primera viene á sentarse en los bancos de vuestro catecismo? Su semblante respira quizá todavía la inocencia;

pero trae también consigo su ignorancia y sus defectos; mucho espera de vuestro celo.

Trae en sus manos un admirable librito, el Catecismo. Hasta quiero suponer que lo recitará por entero sin equivocarse. Esto no basta. Debéis esforzaros en hacerle entender lo que acaba de recitaros.

Hay en ese libro, por una parte tan claro, algunas expresiones que no alcanza á entender el niño y que no se asemejan en nada á las expresiones y giros de que se sirven los niños en su lenguaje. Hay que explicárselas.

Además, y esto es lo principal, tenéis la misión de dar educación religiosa á esa alma y no solo de enseñarle los elementos de la Doctrina Cristiana. La educación es el fin que habéis de alcanzar, y la instrucción no es más que un medio para este fin.

Al mismo tiempo que vais aclarando en la inteligencia de este niño la noción de sus deberes, hay que hacérselos amar, y hacerle gustar la dicha de practicarlos. Hay que formar su voluntad, su carácter, corregir sus defectos, alumbrar y rectificar su conciencia y ennoblecer sus sentimientos. En una palabra, hay que elevar esta alma con todas sus facultades hasta Dios.

No sois maestros, sino padres y pastores. Por tanto, habéis de aprovechar todas las ocasiones de hablar al corazón de los niños al mismo tiempo que á su inteligencia. Al explicar el Catecismo, podéis allí mismo hacer que practiquen las virtudes que les estáis enseñando: la piedad, la humildad, la caridad y muchas otras.

Me diréis acaso que todo eso hará muy pesada la carga que ha de llevar el catequista y que es

preciso dejar algo á los padres y maestros. Tenéis razón: los padres y maestros han de tomar su parte en la educación; pero, si bien se mira, fuera de algunos casos esta educación no se alcanza más que con el Catecismo. En otros tiempos el niño respiraba en el seno de la familia una atmósfera cristiana y las virtudes le eran casi naturales; además, los maestros eran muchas veces excelentes y fervorosos cristianos. En los catecismos el sacerdote no venía más que á dar como si dijéramos el último toque á las lecciones de la familia y de la escuela. Mas ahora las familias y las escuelas cristianas se hacen raras y casi podríamos repetir con el ilustre Obispo de Orleans, que si la educación no se recibe por medio del Catecismo, todo está perdido.

2. ° EL CELO HA DE SER SOBRENATURAL.—Siendo la obra sobrenatural, ha de ser también sobrenatural vuestro celo. Amad en primer lugar lo que hay de divino en los niños, esto es, amad á Jesucristo que habita en estas candidas almas; y vean los niños que los amáis de veras.

El Sr. Dupanloup, á quien no puedo cansarme de citar en esta materia, escribe una sentencia muy digna de ponderarse: "La instrucción no tiene encanto ninguno si el que la da no ama á los que la reciben. Sed padres; más aún: sed madres."

Si amáis á aquellas almas inocentes, prepararéis la doctrina que les vais á comunicar. Es preciso ir con paso seguro y tener ideas claras sobre los puntos esenciales del dogma y de la moral, especialmente sobre la lección que vais á explicar.

Si amáis á estas almas, vuestro celo alentado por la fe os sugerirá mil industrias para dar pábulo á la curiosidad y sensibilidad de los niños y fijar su voluble imaginación. Encontraréis á fuerza de trabajo, y llevaréis un acopio de ejemplos de hechos históricos, de aplicaciones morales que no se os ofrecerían si no los hubierais preparado de antemano.

Oid en este particular á un experimentado catequista: "Cuando los niños no escuchan ó se distraen durante mi explicación, procuro llamar su atención pero sin reprenderles sino muy raras veces; antes bien me reprendo á mí mismo con mucha severidad. Cuando estoy preparado, logro fácilmente que todos me atiendan, y cuando no lo estoy todo languidece: entonces hiriéndome el pecho repito: *mea culpa, mea maxima culpa.*"

Si amáis á esas almas, oraréis además por vuestros niños, recordando lo del salmo: "En vano se consumirán en afanes y trabajos inútiles los que pretenden construir, si el Señor no levanta el edificio." Encomendad esas almas á la Santísima Virgen, á sus santos patronos, á sus ángeles custodios. ¿Qué podríamos sin la oración para el bien espiritual? *Nada.* El Señor lo ha dicho.

Además, no olvidemos que Dios se complace en oír las oraciones de sus amigos. Sed buenos para alcanzar las bendiciones del cielo, sedlo también para que podáis enseñar con toda verdad la práctica de las virtudes.

Si sois buenos y fervorosos conseguiréis mucho de los niños. Los que estén dotados de buen natural podrán llegar á hacer prodigios de fer-

vor, y en los que ya estuvieren maleados veréis extrañas mudanzas.

3. ° EL CELO HA DE SER CONSTANTE. La educación cristiana de la niñez es larga y penosa. Encontraréis sin duda en ella fastidio, repugnancias y aun contradicciones. Fácilmente se cansa uno de repetir siempre lo mismo. Todos los niños tienen sus defectos: unos pecan por ligereza, otros por indocilidad, otros por grosería. Algunos quizás tienen malos padres que los han dejado sumidos en la ignorancia, en la irreligión ó en el vicio.

No os desalentéis. Cual buena madre sobrelevad las molestias y sed siempre misericordiosos y pacientes; Dios no os faltará. Dad también, si es preciso, lecciones privadas á algunos, pero *en particular*, y con el consentimiento de sus padres. Tratadles como quisiérais que se os tratara si estuviérais en su lugar. Y si algún niño resiste á todos los esfuerzos de vuestro celo, confiad que esta semilla que parece estéril llegará un día á producir hermosos frutos.

Las más de las veces, un consejo dado con bondad os ganará el corazón de un niño de difícil condición y le determinará á obrar mejor.

En cierto lugar trajeron al catequista una niña incorregible que acababa de cometer una grave falta. Tenía el rostro pálido y descompuesto, sus cabellos en desorden. El catequista entendió que esta no era ocasión propicia para reprender; le dirige algunas palabras severas pero sazonadas con muchas otras llenas de compasión, añadiendo que una mala niña podía con una firme resolución hacerse excelente, como se

ha visto muchas veces. Por fin hizo arrodillar á todos sus niños para que rezaran por la desventurada compañera.

El corazón de la jovencita rebelde quedó cogido con tan hermoso ardid; en poco tiempo fué la mejor de todas sus compañeras y más tarde tuvo la dicha de entrar en religión.

Este ejemplo me recuerda aquella hermosa sentencia de San Luis, rey de Francia. Permittedme repetirla aquí para que os aproveche en vuestras relaciones con los niños. Decía pues aquel Santo Rey: “Hay que persuadirse de que todos los hombres son buenos, ó porque lo son ó porque llegan á serlo.”

Mostrando amor y estima á los niños, les obligaréis á mostrarse también estimables y dignos de amor.

§ IV.—Recompensa del buen catequista.

Si os entregáis con toda el alma y corazón á la obra del Catecismo y no tenéis otro blanco que la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, Dios mirará por vosotros. La obra es penosa y trabajosa, mas el Divino Maestro á quien servís no se dejará vencer en generosidad. ¿Sabéis lo que dijo Santa Genoveva cuando se apareció á San Guillermo de París en cierta ocasión que se creía ya á las puertas de la muerte? “No temas; servimos á buen amo.” ¡Oh! si tan buen amo no deja sin premio un vaso de agua dado en su nombre, ¿qué no dará al catequista que se entrega á la salvación de aquellos niños tan queridos de su amante Corazón?

Pero aun aquí abajo, los niños mismos serán vuestro galardón. Veréis cómo la luz de la verdad penetra y despeja sus entendimientos al par que la virtud germina en su corazón; tendréis la alta satisfacción de preparar hermosos tabernáculos para el Divino Salvador y de engendrar escogidos para el cielo. Educaréis, no digo ya hijos de reyes para un trono, sino hijos de Dios para el reino de la eternidad.

Esos niños transformados por el Catecismo harán comprender á sus padres la benéfica influencia de la Religión, se la harán estimar y con la estima despertarán en sus almas saludables remordimientos. Nada vale tanto como la humilde y suave persuasión del buen ejemplo, sobre todo cuando viene de los débiles y pequeñuelos; el ejemplo nos impide porque es un argumento que no puede lastimar nuestra susceptibilidad; al contrario, reviste cierto carácter que seduce y arrastra.

En fin, hay otro premio que no podemos pasar por alto, y es que el catequista se granjea méritos proporcionados á sus trabajos. Este ministerio le mejora sin que se dé cuenta de ello. En el desempeño de funciones tan humildes, no puede tener parte la vanidad; con el ejercicio de ministerio tan modesto y tan caritativo expiamos muchas faltas. "*El que desviare al pecador de su mala senda, cubrirá la multitud de sus propios pecados.*" (Santiago V. 20).

Gerson, aquel gran amigo de los niños, estaba para morir. Los niños reunidos al pie del altar donde tantas veces les había instruido el siervo de Dios, repetían sin cesar aquella tierna oración que les había enseñado muchas veces su

maestro: "Oh Dios, Criador nuestro, tened piedad de vuestro pobre siervo Juan Gerson." Cuando lleguéis á aquel trance, si los niños callan, las piedras de la capilla del Catecismo darán voces, las darán también elocuentísimas los ángeles custodios de esos queridos niños; los ángeles que ven siempre la faz del Señor intercederán en vuestro favor, haciendoos la muerte más tranquila y apacible.

Léese en el Breviario, el 27 de Agosto, la deliciosa historia de San José de Calazans. La mayor parte de su vida la consagró al servicio de la juventud. Superior de la Orden que fundó para instruir á los niños, agobiado de trabajos y enfermedades, no dejaba pasar un día sin reunir á los niños pobres para enseñarles el Catecismo. A la noche, los llevaba á sus casas y volvía para barrer él mismo la sala donde los había reunido.

Tanto amor hacia los pequeñuelos le atrajo las bendiciones del Corazón del Divino Maestro. Más de una vez, mientras rezaba en compañía de sus queridos niños fervorosas oraciones, se vió bajar á la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos, quien extendiendo la mano bendecía con mucha gracia al catequista y á su auditorio infantil.

Cien años después de la muerte del santo, encontráronse intactos y respetados de la muerte su lengua que tantas veces había instruido á los niños y su corazón que tanto los había amado.

Sí, Nuestro Señor ama de veras á los niños y á todos aquellos que procuran su bien. Jesús nos lo ha dicho, y su palabra se realiza: "Quien quiera que haya dado un solo vaso de agua

á alguno de estos pequeñuelos, en verdad os digo que recibirá su recompensa." Pero aquí no se trata de un vaso de agua para apagar la sed del cuerpo, sino de almas sedientas de verdad y para quienes se labra la eterna felicidad. Ante esas almas mucho más preciosas en el acatamiento divino que todo el universo, dejemos nuestro corazón entregarse á las impresiones é inspiraciones de la divina caridad y penetrarse de aquellos nobles sentimientos de celo en que rebosaba el corazón de los santos.

Oigamos sus acentos, oigamos á los mismos santos: "No me creería amigo de Dios, decía San Francisco de Sales si no me ocupara en la salvación de las almas." Y ya hemos visto cuánto le inspiraba su celo para procurar la salvación de las almas de los niños.

San Dionisio acostumbraba exclamar levantando los ojos al cielo: "Señor, dadme almas"... "Nada hay más divino que concurrir con Dios á la salvación de las almas."

"Al acercarnos á Dios, decía San Gregorio, no nos acerquemos solos. Los milagros obrados por el celo, añadía este gran doctor, aventajan á la resurrección de los muertos."

Y si hemos de creer al insigne Dr. San Juan Crisóstomo, aventajan estos milagros á la creación del mundo. "¡Oh hombre! dice este santo haciendo hablar al mismo Dios; hice, es verdad, el cielo y la tierra, pero te doy un poder igual para que hagas de la tierra un cielo. Encendí en el firmamento la gran lumbrera de los astros, pero en tu mano está derramar esplendores aun más refulgentes, alumbrando con la verdad las almas perdidas en la obscuridad del

error. Mira si te amo, pues te concedo el poder de ejecutar prodigios mayores que los míos."

¿Qué podríamos añadir á semejantes palabras mejor que esta oración? "Señor, dadnos almas, almas de niños sobre todo, porque no hay nada más divino que cooperar con Vos á la salvación de los que amáis sobre todo lo demás. Señor, bendecid nuestros esfuerzos en la salvación de los niños."

§ IV.—Un haz de buenos consejos.

Para mayor claridad dividiremos este párrafo en otros tres con los siguientes títulos: 1.º Una lección de Catecismo. 2.º Trabajo del Catecismo. 3.º Atractivos del Catecismo.

§ I.—Una lección de Catecismo.

1.º El buen catequista ya ha rezado y preparado con cuidado lo que ha de decir; sus explicaciones están dispuestas, ha previsto las comparaciones de que puede echar mano, las historias que ha de referir, las prácticas que ha de aconsejar. ¿Qué le queda, pues, sino irse á la iglesia antes que lleguen los niños? Este es el mejor modo de evitar mucho desorden. A veces puede ocultarse algo y observar el modo como entran los niños y tomar ocasión de esto para recordarles que siempre estamos á la vista de nuestro Soberano Criador y Señor.

2.º Para enseñar á los niños el respeto debido al Santísimo Sacramento, sería bueno que

una vez entrados los detuviere y los hiciese arrodillarse ante el sagrario para rezar juntos el acto de adoración antes de la Comunión ó el *Señor mío Jesucristo*. Así se acostumbrarán á hacerlo por toda la vida.

3.º La nave de la iglesia, á no ser que ésta sea muy chica, no conviene para el Catecismo; allí hay dificultad para hacerse oír y el catequista se cansaría pronto, perdería el tono natural y por tanto sus explicaciones carecerían de sencillez. Agruégnese á esto que la tensión de la voz trae consigo la de las ideas. Además, los niños se verían demasiado expuestos á distraerse por los que entran y salen de la Iglesia.

4.º En cuanto sea posible, téngase á la vista de los niños algún altar ó algún cuadro propio para fijar su natural ligereza y mantenerlos en recogimiento.

5.º El buen orden del Catecismo depende en gran parte de la colocación de los niños. Es menester; 1.º, separar los que saben leer de los que no saben, y los que tienen edad para la primera comunión de los que no la tienen; 2.º, tener muy á la vista á los más juguetones, juntándolos con otros más reposados; 3.º si no hay más que un catecismo para ambos sexos, colocaránse los niños por delante y las niñas por detrás, ó también los muchachos de un lado y las niñas del otro, separándolos por un pasillo bastante ancho. Si es posible se les hará salir por puertas distintas, ó al menos se despedirán primero las niñas cuidando de que no se paren en la puerta. Se les aconsejará además que se retiren acompañadas de las que viven más cerca de su casa.

6.º El catequista hablará siempre á las niñas con mucha circunspección y respeto para inspirar á los jóvenes las mismas disposiciones. En un Catecismo compuesto exclusivamente de niñas, puede permitirse cierta afabilidad en el tono y en el lenguaje cuando están todas juntas; pero por el contrario, habrá de mostrarse muy reservado cuando les habla en particular. Con los niños guardará una conducta completamente inversa, tratándolos con más reserva cuando están reunidos que cuando están solos.

7.º Siendo punto capital el asistir con asiduidad al catecismo, podría también establecerse un banco de ignominia para los que no asisten sino raras veces.

Tened á los padres al tanto de lo que pasa é interesadles para que cuiden de la aplicación y constancia de sus hijos.

8.º El primer puesto de cada banco podría considerarse como lugar de preferencia y reservado á los más atentos y á los más instruidos. No debe permitirse á los niños que tomen otro asiento que el que se les señale.

9.º ¿El catequista ha de sentarse, pasearse ó estar de pie? Este punto no es tan indiferente como parece, porque si se pasea, los niños se distraen cuando les da la espalda; si se queda de pie se cansa pronto; lo mejor, por consiguiente, es sentarse de modo que pueda ver á todo su auditorio, porque así sus fuerzas y su acción se verán duplicadas. Ya vimos que esta era la postura que guardaba San Francisco de Sales.

10. Cuidad además que los niños se levanten

y se arrodillen al mismo tiempo. Dirigidles siempre alguna palabrita para exhortarles á que han gan bien la oración con que empezáis ó acabáis el catecismo. Los acostumbraréis así insensiblemente al respeto que debemos á Dios; les enseñaréis á rezar con las manos juntas y el corazón levantado al cielo. Tened algún instrumento para dar la señal que sea siempre oída de todos; esto ahorra al catequista cansancio inútil.

§ II.—Trabajo del Catecismo.

1. ° Una vez rezada la oración y si es posible después de haber cantado algún cántico, podréis seguir en el Catecismo el siguiente orden: 1. ° Preguntar el Catecismo. 2. ° Preguntar algo de las explicaciones dadas la última vez, pero esto brevemente. 3. ° Explicar la nueva lección.

2. ° RESPUESTAS DEL CATECISMO.—Muy provechoso es preguntar á todos los niños haciéndoles á cada uno una ó dos preguntas. Empezad ya por un banco ya por otro, de modo que los niños no puedan prever las preguntas que les han de tocar. Y si empezáis siempre por el primer banco, lo que os permitirá apuntar más fácilmente vuestras notas, haced empezad al primero por la mitad ó por el fin de la lección.

3. ° PREGUNTAS.—Analizad las explicaciones que les habéis dado, resumidlas en una serie de preguntas sencillas, claras, encadenadas unas con otras, y proponedlas sucesivamente á varios niños como para desafiarlos á quién contesta me-

mejor. Si el primero á quien os dirigís se calla, dadle uno ó varios émulo y apuntad un punto al que haya sabido mejor. No creáis fácilmente que todos están atentos ó que todos han entendido. Proponed la misma cosa bajo varias formas; y cuando la contestación fuese buena, hacedla repetir por otros cuatro, seis ó diez niños. Este modo de fijar las ideas no cansa.

Cuando los niños no estuvieren de acuerdo, no os apresuraréis á darles la contestación; más vale tenerles un rato suspensos, pues así la oyen después con mayor interés y se les graba más honradamente.

Haced hablar mucho á los niños y hablad poco. Este punto es de suma importancia, como os lo enseñará la experiencia. Preguntad primero á los más inteligentes, luego á los menos capaces, haced que otros respondan á las dificultades que algunos os proponen. Tened á todo vuestro auditorio en ejercicio. Si habláis mucho, os mirarán, os oirán, pero no os escucharán. Os cansaríais en vano y sin ningún fruto.

Podríais tener una hermosa lista pegada en cartón con los nombres de todos los niños escritos con gruesos caracteres. De este modo preguntáis con rapidez á unos y á otros y todos os estarán atentos.

4. ° LAS EXPLICACIONES.—Ya que los niños saben de memoria el Catecismo, vuestras explicaciones han de versar sobre el texto. Si las preguntas que vais á explicar son fáciles, conviene indagar qué idea se han formado de ella los niños para conocer su inteligencia y las ideas que reciben, ya en la escuela, ya también en el seno

de la familia. Cuando toman así la iniciativa, es más fácil rectificar su contestación si no es del todo exacta; conservan mejor la explicación que se les hace, porque su amor propio está interesado.

Por el contrario, cuando las preguntas son difíciles, empezad por darles una explicación breve y clara. Luego haced estas mismas preguntas á varios niños para ver si han entendido; si titubean algo, indicadles la respuesta, dándosela á medias y añadiendo para alentarles: "Vamos, no está tan mal." Aquí también es preciso que el catequista hable poco y haga hablar mucho; perdonos que instemos tanto en este punto tan capital.

5.º Para que vuestras explicaciones surtan efecto, conviene que estén llenas de doctrina. Oigamos á este propósito al venerable cura de Ars: "Creo que una persona sin instrucción no llegará á salvarse, porque ignorará lo que ha de hacer para alcanzar su fin. Pero con una persona instruida queda siempre alguna esperanza; por más que se desvíe en toda clase de vicios, hay que esperar que algún día, más tarde ó más temprano ó siquiera á la hora de la muerte, volverá al redil del Buen Pastor."

6.º Hay que instruir pues á los niños; pero su tierna edad exige que les deis la doctrina de un modo especial. Alcanzaréis el fin que os proponéis, si vuestras explicaciones tienen estas tres cualidades: 1.º, brevedad; 2.º, claridad; 3.º, solidez. Digamos algo acerca de cada una.

PRIMERA CUALIDAD: BREVEDAD.—La inteligencia de los niños es como un precioso depósi-

to, pero muy reducido; la entrada es estrecha y no se puede derramar el licor más que gota á gota y despacio. Preparad bien lo que habéis de decir, lo que habéis de omitir; dadles solo lo más esencial y dejad lo superfluo. Si vuestra instrucción está recargada de cosas secundarias, los niños se confunden y se quedan sin nada.

SEGUNDA CUALIDAD: CLARIDAD.—No basta que el niño entienda; se requiere además que no pueda menos de entender. Esforzáos, pues, para llegar á la mayor claridad posible. Tened en primer lugar idea clara de lo que queréis decir; expresadla luego con expresiones sencillas; desechad las figuras, como por ejemplo: *la luz de la fe, la embriaguez de los perfumes, el príncipe de los apósoles*; hablando así no os entenderían.

TERCERA CUALIDAD: SOLIDEZ.—El Catecismo es la palabra de Dios. No digáis nada que no se pueda sostener ante hombres sabios y sensatos. Dad definiciones exactas, emplead raciocinios convincentes, pero cortos, inculcad la verdad con razones fuertes, capaces de convencer por su simple exposición. A veces algunos gustan exagerar con los niños, pero esto no hace más que perturbar y falsear su conciencia.

Para asegurar esta solidez, convendrá que el catequista, si no ha estudiado teología, tenga á su alcance algún Catecismo explicado.

Los hay muy buenos y excelentes, pero es imposible citarlos todos aquí (1).

1. Para no citar los del autor que no podrían servir á los que no entienden el francés, me contentaré con recomendar el *Catecismo explicado por Deharbe*.—4 tomos.

7.º Acabemos este párrafo con este último consejo que quisiéramos ver escrito con caracteres de oro: *Dad á los niños una educación que podríamos llamar eucarística.* Todo catequista habría de hacer á Dios una promesa semejante á la que (en sus predicaciones) hizo el P. Herman, de santa memoria, esto es, la de no hacer nunca el Catecismo sin hablar de la Sagrada Eucaristía.

La Eucaristía es el centro de toda la religión; para nosotros la Eucaristía es todo. El Dios del cielo es el Dios de los bienaventurados; pero el Dios de la Eucaristía es el nuestro, el Dios de los viandantes, nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro consejero, nuestro consuelo, nuestra fuerza. La Eucaristía es como el fin para que hemos sido bautizados; hacia ese alimento divino se dirigen todas las energías de esta divina vida engendrada en nosotros por el bautismo. Esta vida divina no puede durar ni perfeccionarse sin que vayamos á restaurar sus fuerzas en el adorable Sacramento.

Si Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado fuese conocido, sería amado y no veríamos á la mayor parte de los hombres tan alejados de él que ni aun en la Pascua se acercan á recibirlo ó lo hacen como forzados. Hablad, hablad muchas veces á los niños del Huésped del Tabernáculo; hacia El haced converger todo lo que les enseñáis, especialmente al tratar de los misterios de la Encarnación y de la Redención. Afianzad su fe en este punto, despertad en su corazón afectos ardientes de amor por este grande y santo amigo que vive tan cerca de ellos. No temáis interrumpir de vez en cuando vuestras explicaciones diciéndoles: “Ya hace media hora que estamos

tan cerca del buen Jesús, repitámosle el acto de amor... un acto de deseo de la santa Comunión para que venga á visitarnos por la comunión espiritual.” Enseñadles á hacer piadosamente las visitas al Santísimo; en una palabra, enseñadles á amar al que debéis amar también tan entrañablemente. En tiempo más ó menos lejano vuestros discípulos tendrán la dicha de hacer su primera comunión; recordadles muchas veces ese gran acontecimiento de su vida. Dadles una noción precisa de lo que es comulgar; enseñadles, con el Concilio de Trento, que la Eucaristía es el pan de vida, el *medio principal* de alimentar y sustentar la vida sobrenatural y el remedio de nuestra debilidad. Combatid las fatales doctrinas del jansenismo que matan las almas. No vayáis á proponerles como el ideal la comunión pascual que es el *non plus ultra* de condescendencia de la Iglesia, antes bien la comunión diaria á la que cada uno habría de aspirar en cuanto le fuere posible.

§ III.—Atractivos del Catecismo.

1.º Suponiendo que vuestra explicación tenga las cualidades arriba mencionadas, habéis de ir aun más adelante. Porque con todas estas preciosas cualidades de que no podéis prescindir, á la larga cansaríais á los niños si no procuráseis además tomar todas las medidas posibles para agradar y conmover sus corazones. Para esto habréis de mezclar en medio de vuestra explicación algunas comparaciones, parábolas, ejem-